



JUAN FLO (uruguayo, 44, divorciado, con tres hijos; "Duns Scoto": **El tercero excluido**).

Ex profesor de Filosofía y hasta hace poco catedrático de Estética en la Facultad de Humanidades de Montevideo, publicó ensayos afines a su labor docente pero no tiene antecedentes en la narrativa.

Rescate

Juan Fló: Pólemos

Introducción y selección de Ana Inés Larre Borges

El título y también la idea de esta revista tuvo parcial inspiración en Juan Fló (Montevideo, 1930) profesor de Filosofía, titular de la Cátedra de Estética en la Facultad de Humanidades por un largo período que va desde 1966 a 2011 con la consabida interrupción durante los años de dictadura. La actitud de Fló como intelectual, y aun su carácter, conciben con el espíritu inquisitivo que marcó su tarea intelectual, su manera de situarse frente al arte en sus varias manifestaciones, y al conocimiento, a partir de problemas o cuestiones a resolver antes que a dedicarse *profesionalmente* al estudio de una disciplina, un período, un movimiento, un autor. Su exigente y dispersa bibliografía da cuenta de esa forma de pensar y de crear. Escribió para responder a algún problema o para debatir ideas, acicateado por asuntos que implicaran una discusión. Así supo ocuparse, alternativamente, del problema de la originalidad —¿cuándo puede afirmarse que ha ocurrido una *novedad* en el arte o la literatura?—, de la discusión del gusto y el valor, del fin del arte. A esos grandes temas pueden agregarse ilustrativamente otras cuestiones más acotadas, pero en las que siempre hubo una cuestión a resolver lo que dio impulso a la escritura. Así, por ejemplo, —y elijo referir temas literarios, aunque en el conjunto son minoritarios—, su pregunta por la originalidad de Vallejo a partir del estudio de sus manuscritos, o sobre la traducción en su afán por dilucidar la autoría de Borges como traductor de Kafka. La discusión fue su método de trabajo y su estrategia mayor. También manifestó interés por las polémicas de la historia. Eso pone de manifiesto una colección muy peculiar de libros que dirigió en circunstancias también idiosincráticas.

Ante la necesidad de ganarse la vida en tiempos de dictadura, cuando había sido expulsado de la Universidad, el profesor Fló incurrió en la escena editorial rioplatense en alianza con editores y editoriales amigos. A la hora de inventar un “producto”, puso en juego su inclinación por la confrontación de ideas. Llamó “Pólemos”



Juan Fló en 1975. Los años de dictadura probaron la ductilidad del intelectual que ganó un premio de narrativa policial organizado por la revista *Siete Días* y en cuyo jurado estaba Borges. Eran tiempos de censura, pero su vocación polémica encontró un cauce en la edición y reflexión sobre casos célebres de pelea y debate literario.

a la colección que ideó y dirigió. Ese fue el origen de la disfrutable y acotada serie que publicó en la editorial Galerna en Buenos Aires a fines de los años setenta. El primer título fue *Pablo de Rokha contra Neruda* y apareció en febrero de 1978, a solo diez años del suicidio del malogrado autor de la diatriba y a cuatro de la muerte de Neruda, trágicamente amplificadas por el suicidio de Allende y el golpe militar de Pinochet. “Los poetas y sus sombras” que aquí recuperamos, fue el título del prólogo firmado bajo el seudónimo de Diego Arenas, que también figura como el presunto compilador de ese volumen.

Una cita de Heráclito preside este y los otros libros, y explica el sentido del título de la colección: “*Pólemos el combate es el padre y el rey de todas las cosas*”. La frase podría extenderse como emblema del trabajo intelectual de Fló. Los cuatro títulos que integraron la colección compartieron un mismo diseño: una antología de textos referidos a una lucha ideológica, literaria o artística —a veces de un mismo autor, como en el caso de de Rokha, otras, de voces disímiles y alejadas, o de un grupo dado, como el dedicado a los surrealistas. Las traducciones eran cuidadas y muchas veces fueron hechas especialmente para el libro. Los prólogos eruditos pero claros, libres de la jerga y los protocolos académicos.

Con poco intervalo de tiempo se publicaron después del de Rokha contra Neruda tres títulos más: *Contra el arte moderno* (abril 1978), donde usó el seudónimo de Xavier Manent, una compilación de heterogéneas diatribas al “arte degenerado” de los modernos, que incluyó entre los detractores a filósofos, artistas, críticos e historiadores de arte como Ortega y Gasset, Joaquín Torres García y E. H. Gombrich y a figuras menos previsibles como Plejánov y Adolf Hitler. *Contra Borges* (también de 1978) reunió las voces disidentes a la irresistible canonización mundial de Borges y manifiestamente enemigas de lo que los parricidas argentinos llamaron “borgismo”. Un extenso estudio preliminar —“Vindicación o vindicta de Borges”—, que esta vez eligió firmar con su verdadero nombre, funcionó como prólogo. El último, *Los surrealistas contra*, un poco despegado en la fecha de su publicación, rescató en 1982, las polémicas, manifiestos y cruces intercambiados sin clemencia entre André Breton, Philippe Soupault, Paul Éluard, Louis Aragon y otros integrantes del movimiento surrealista. Tanto el prólogo como la traducción de los textos compilados se atribuyen a Juan Maurell, otro seudónimo de Fló. Fue el cuarto y último título de una colección que, aunque disimulada por el juego de seudónimos,

tuvo la singularidad de ser hecha por un solo hombre. Fló fue su director declarado, pero también el unánime y oculto prologuista, compilador y ocasional traductor de la serie. El éxito de estos libros en el mercado resultó modesto. Ni siquiera el *Contra Borges* –en el que había depositado mayores esperanzas– alcanzó a conmover al público rioplatense. Es posible, sin embargo que, precisamente en ese título, donde no recurre a ningún heterónimo, haya existido la ambición de incidir, y el gusto por molestar, en tiempos –1978 fue el año del Mundial de Fútbol en Argentina– en que la consagración de Borges como escritor universal contrastaba con la represión y persecución de voces disidentes. “Vindicación o vindicta de Borges” es un ensayo ambicioso que, sabedor de la excepcionalidad borgiana, igualmente se propone desafiarla.¹ Había sido madurado largamente por Fló desde muchos años atrás. Su oposición a Borges y a lo que representaba ya había sido anticipada lejos de esas futuras circunstancias políticas en un texto que Fló escribió con audacia a los 22 años, y con el que protagonizó su irrupción beligerante al sistema cultural del medio siglo uruguayo. La oportunidad la dio un concurso de ensayos convocado en 1952 por el semanario *Marcha*, cuyo tema fue “Los problemas de la juventud uruguaya”. Es acaso indisimulable que aquel primer ataque a Borges fue tácitamente extensivo a Emir Rodríguez Monegal, entonces pope de la literatura nacional, jefe de las influyentes páginas literarias de *Marcha* y miembro del jurado. El texto presentado por Fló, que aquí rescatamos, perpetraba además una crítica explícita a la generación del 45, ya dominante en la escena cultural uruguaya. Fló ya había atacado a Monegal cuando tenía 18 años en una carta que envió bajo seudónimo a *Marcha* y que, a pesar de la modestia del género, también reproducimos aquí en atención a su interés ya que, además de dibujar el perfil del futuro intelectual, testimonia el clima de combate que definió aquellos años bajo la hegemonía de la también llamada “Generación crítica”, cuyos integrantes ocupaban entonces lugares estratégicos en las instituciones y centros de poder desde donde marcaban los rumbos de la cultura en varias disciplinas.

En el último tramo de la conversada memoria crítica que dedicó a la generación del 45, Emir Rodríguez Monegal señala a Fló como un excepcional parricida en “una generación embozada que prefiere



1. Una versión corregida se publicó en *Borges, el último laberinto*, Montevideo, Linardi & Risso, 1986.

ignorar a confrontar”. Refiere con su habitual ironía a ese joven profesor de Filosofía “que ya a fines de los años cuarenta pareció que se iba a tragar de un bocado a los del 45”.² Lo descubre bajo el seudónimo de Efeleo que usó en sus madrugadoras cartas a *Marcha* y recuerda con displicencia, y sin entrar en detalles, el concurso de comienzos de los cincuenta. Fló obtuvo en aquel certamen una modesta mención que le dio acceso a la publicación y una cierta repercusión en el medio cultural. Según se relata pormenorizadamente en las actas, debió su mención al interés de Carlos Real de Azúa que llegó a proponerlo –como también consta en actas– para el segundo premio y luego, con apoyo de Manuel Claps, para el tercero, aunque, a todas luces sin ningún éxito.³ Toda esa minuciosa negociación revela que muy posiblemente este texto encontró resistencias en el entonces jefe de literarias. El disenso que Fló manifiesta respecto al 45 y a las páginas literarias de *Marcha* se centra en denunciar el olvido o aun la huida de todo contacto con la realidad y las anexas carencias de pasión y acción. No otra es la objeción que tiene respecto a Borges, tema que convertirá en un libro un cuarto de siglo más tarde.

Los textos recuperados aquí son ancilares a la producción intelectual de Juan Fló. No creo necesario abundar sobre su marginalidad, alcanza saber que su autor publicó los tres primeros bajo seudónimo. La exhumación de una carta de lector juvenil toca el extremo de nuestra apuesta. Acaso amparados por una intención lúdica similar a la que muchas veces practicó Fló, buscamos con estos ejemplos exponer una actitud intelectual crítica y alerta en el escenario de una cultura que compartía y promovía la polémica. Antes, a sus 14 años, había protagonizado ya una primera aventura polemista, cuando con dos amigos igualmente imberbes sacaron “No”, un periódico de pocas páginas que duró dos números y que se definía desde el

2. *Literatura uruguaya del medio siglo*, Montevideo, Alfa, 1966, pp. 416 y ss.

3. El primer premio fue otorgado por unanimidad a Roberto Ares Pons, el segundo a Carlos M. Rama, el tercero a Emilio Castro, el cuarto a Arnaldo Gomensoro y, por último, la mención a Fló “por la inteligencia y agudeza con que expone su punto de vista, y el interés de su estilo polémico”. El jurado se integró además de por los ya nombrados –Real de Azúa, Monegal, Claps– por Héctor Caselli y Arturo Ardao. Dos años después, todos los trabajos distinguidos se publicaron en libro con una Introducción de Carlos Real de Azúa: *Problemas de la juventud uruguaya*, Montevideo, Marcha, 1954.

primer editorial como “sinónimo de combate, del sublime combate del cerebro y del sentimiento”.⁴

Fló sostuvo ese espíritu a lo largo de su vida e hizo otras incursiones provocadoras en edad más madura y tiempos más amortiguados. Los textos eran más serios, pero la gestualidad y la táctica se mantuvo similar a la de aquellas irrupciones juveniles. He querido sumar a nuestra selección un texto de mayor calibre, pero disparado con aquel espíritu rebelde: “La confusión derridiana” de 1985. Esta especie de “Contra Derrida” se publicó cuando el teórico galo visitó Montevideo, y reitera un desafío similar al que antes ejerció sobre Borges. En igual categoría puede computarse un extenso artículo sobre Lautréamont publicado en momentos en que se estaba realizando en el Uruguay un seminario de homenaje al Conde con invitados internacionales a los que, sin invocarlos, Fló contradecía.⁵ Generacionalmente fiel a la prensa como escenario para esos cruces, Fló ejerció esporádicamente esa táctica de guerrilla al modo solitario del francotirador y con espíritu *sportif*, a través de piezas que derrochaban originalidad y una erudición descuidadamente elegante. En paralelo a esas travesuras intelectuales (aunque los temas en juego le importaban seriamente) y a sus investigaciones académicas, fundó, también con amigos, una revista marxista, *Praxis*⁶ a mitad de los



4. La aventura adolescente de “No” fue compartida con J. J. Aguiar y Gabino Medero y el primer número salió en Montevideo, en agosto de 1945.

5. Estos dos casos citados están de forma indirecta también vinculados a Rodríguez Monnegal, desde que fue Lisa Block de Behar, amiga y discípula del crítico, la responsable de la venida de Derrida y del encuentro internacional propiciado por la revista *Maldoror*. En el número de octubre de 1992 dedicado enteramente a Ducasse, el poeta Carlos Pellegrino, entonces director de esa revista, agradecía “vivamente la generosa colaboración del Prof. Juan Fló” por permitirle el acceso a su archivo “donde pudimos obtener varios de los materiales editados”; y agrega entre paréntesis: “no logramos una versión de sus notas o sus reflexiones”. Las reflexiones disidentes y disruptivas llegaron poco más tarde, y en medio del coloquio “Encuentro de dos culturas” que trajo a Montevideo a especialistas franceses de la obra del Conde. Según consta al comienzo del artículo, “Lautréamont, los deseos de un adolescente y el destino del arte en Occidente” se publicó al otro día de la finalización del coloquio, en *Brecha*, Montevideo, el 22 de octubre de 1992, pp. 21-2.

6. Presentada como una revista marxista, científica y teórica pero comprometida y actuante, *Praxis* se definió también respecto a la polémica. Decía en su primer editorial que “no es posible pensar un diálogo, desde una actitud rigurosa, comprometida y sistemática, que no sea sumamente polémico. En el bien entendido de que haremos lo imposible para que la polémica no sea un torneo de habilidades sino un verdadero esfuerzo por alcanzar un momento superior de conocimiento”. Integraban la “Secretaría de redacción”: Fló, Alberto Oreggioni y Julio Rodríguez. Salieron dos números, en 1967 y 1968.

años sesenta y alimentó otros debates que le importaron íntimamente y que atendió de forma más seria y sistemática. Seguramente su archivo guarda las piezas de los escritos de teoría política y marxismo en respuesta a la caída del muro y la disolución de la URSS en los que estuvo trabajando en los primeros noventa. Su preocupación por asuntos de política universitaria alcanzó a plasmarse por escrito y publicarse.⁷ En su especialidad, la teoría estética y las artes plásticas, protagonizó a mediados de la década de dos mil, una polémica “clásica” con el crítico e historiador de arte Gabriel Peluffo Linari en torno a la situación del arte contemporáneo en la posmodernidad, en las páginas del semanario *Brecha*. Excepcional por la ambición de los temas en disputa y el nivel de la discusión, lo fue también por la declinación de la práctica de las polémicas en el ámbito de la cultura uruguaya.⁸ Una situación que no ha variado.

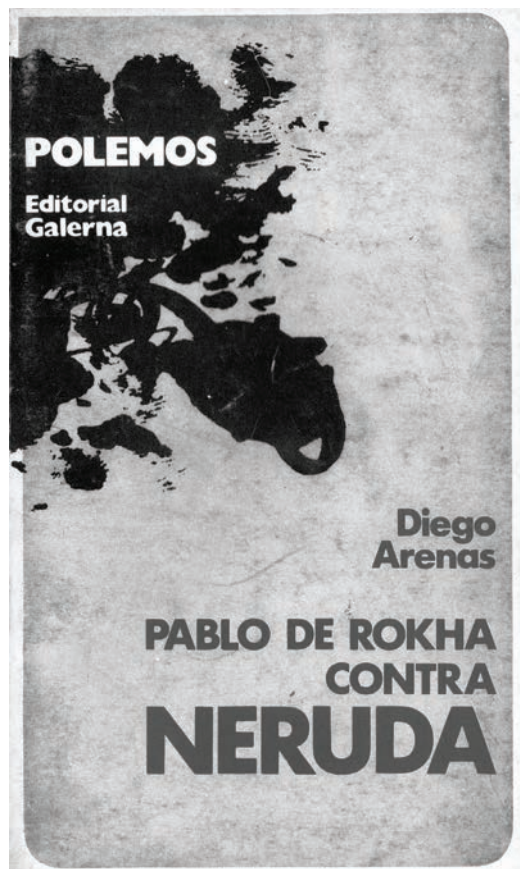


Agradezco a Ignacio Bajter su colaboración en este rescate.

Ana Inés Larre Borges. Crítica, investigadora y ensayista literaria. Integra el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional y, desde 2010, dirige la *Revista de la Biblioteca Nacional*. Es investigadora de la ANII. Entre 1986 y 2012 dirigió la sección literaria del semanario *Brecha*. En 2018 obtuvo la beca Pulgrant de la Universidad de Princeton. Entre sus publicaciones recientes: *Idea Vilariño: De la poesía y los poetas* (edición y prólogo) (2018), Edición anotada de *Poesía completa* de I. Vilariño (2019) y *Marosa* (en coautoría con Alicia Torres, 2019).

7. “La cuestión de la Universidad” en *Universidad: el debate tras la fachada*, Montevideo, Fin de Siglo, 1994.

8. Se publicó con el título de *Arte contemporáneo. Los sentidos encontrados*, Montevideo, ediciones de Brecha, 2007. La polémica se inició en el N.º 1095 de *Brecha*, el 7 de noviembre de 2006 y terminó en el N.º 1110, el 2 de marzo de 2007.



Fue el primer título de la Colección Pólemos que sacó la editorial Galerna en Buenos Aires. Fló era, oculto bajo seudónimos, el director, editor, prologuista y, a veces, traductor de la serie.



Pablo de Rokha. Desmesurado y obseso antagonista de Neruda.



Pablo Neruda en visita a Montevideo.
(Colección Clara Silva. BNU)

Duelo de Pablos. "Al fin de cuentas este episodio no es sino el caso límite de una curiosa enfermedad profesional que afecta, no sé si más gravemente o solo más visiblemente en América Latina, a muchos poetas y creadores haciendo de ellos seres llenos de vanagloria, de celos, de autovaloración enfermiza, de egocentrismo infantil".

Rescate

Los poetas y sus sombras Pablo de Rokha contra Neruda¹

Juan Fló

Los textos de Pablo de Rokha que reunimos aquí, tan famosos como realmente poco conocidos, son ya parte de la historia literaria latinoamericana. Quizá no sea lo más adecuado recibirlos, o rechazarlos, por la parte de verdad o justicia que comportan. Podemos imaginar que en el futuro eruditísimos y ecuanímenes investigadores puedan discriminar esa parte de razón de aquella que es pura obsesión y apasionamiento. De todos modos, es tanto lo que tendríamos que saber acerca del ambiente intelectual del Chile de la época y sus intimidades, así como de las zonas más profundas de los dos personajes implicados y, por otra parte, las cuestiones de poética, de política y de ética que están en juego son tan discutibles, tan dependientes de tomas de posición cuyas raíces comprometen nuestra visión global del mundo, que aun cuando el tiempo no hubiese borrado las huellas y permitiese un distanciamiento favorable a la mayor objetividad, no es verosímil que se pueda llegar a una verdadera conclusión.

Sin duda que está fuera de la discusión el valor de la poesía de Neruda y en ese sentido mal puede admitirse el enceguecimiento de de Rokha a ese respecto. Sin duda que tampoco puede admitirse como razonable la violencia personal de su diatriba, independientemente de las razones que lo asistan. Sin duda, en fin, que las tesis marxistas crudas y dogmáticas, por otra parte, aplicadas a su antojo, de las que se vale de Rokha a esta altura no pueden verse sino como débiles y elementales por más que el propio Neruda haya suscrito

1. “Los poetas y sus sombras” fue el prólogo de Juan Fló firmado con el seudónimo de Diego Arenas, a *Pablo de Rokha contra Neruda*, editado en Buenos Aires, en la colección Pólemos de Editorial Galerna, en abril de 1978.

tesis análogas en algún momento de su vida. Pero, aunque no puede negarse que de Rokha es un desmesurado, un pasional obseso, repito que no es posible intentar un análisis que le dé a cada uno su parte de culpa, ni tampoco es posible liquidar el problema reduciendo a uno de los personajes al papel de agresor autístico que solamente refleja en su conducta la propia alucinación y al otro al de equilibrado y genial creador, hombre y poeta inobjetable.

Nuestra hipótesis es que de Rokha y Neruda forman un “sistema”, es decir que al margen de distribuir culpas, absoluciones o elogios, es posible ver en estos textos no solamente un azar psicológico, no solamente a un gran poeta perseguido por un demente o a un justiciero incansable y escarnecido que no se cansa de denunciar a un farsante, sino a dos situaciones extremas que reflejan, ambas, pobrezas y riquezas individuales, pero que, sobre todo, se potencian y se iluminan por su contraste, por su contradicción, volviéndose más inteligibles una por la otra y reflejando, a su vez, algunas de las condiciones socioculturales de la creación en América. Porque al fin de cuentas este episodio no es sino el caso límite de una curiosa enfermedad profesional que afecta, no sé si más gravemente o solo más visiblemente en América Latina, a muchos poetas y creadores haciendo de ellos seres llenos de vanagloria, de celos, de autovaloración enfermiza, de egocentrismo infantil. Sin duda en gran parte residuo de la herencia romántica que difundió la noción de “genio” y subrayó la oposición del artista a la sociedad, al mismo tiempo que no le daba instrumentos para realizar una acción transformadora de la misma, estimulando, por lo tanto, ya la idea en una capacidad mágica de la palabra, ya la frustración por la impotencia que la palabra tiene para actuar sobre el mundo. No es frecuente, y mucho menos entre nosotros, la lúcida resignación de Pavese a los límites insuperables de la poesía cuando afirmaba que él solo hacía poesía cuando la partida estaba perdida porque nunca se vio que la poesía cambiara las cosas. De este modo, los poetas tendieron a vivir escindidos entre la ilusión de su omnipotencia y la realidad de su ineficacia. ¿Hay acaso situación más parecida que esta a la de los niños?

Poesía y dicitario

Pablo de Rokha, cuyo verdadero nombre es Carlos Díaz Loyola, hijo de un pequeño propietario rural, nació en 1885 en Licantén y allí vivió hasta los dieciséis años. “No soy mediterráneo, soy costino,

licantenino, ‘criado y nacido’ en Licantén, a las riberas del Iloca en la heredad familiar patriarcal...”.²

En 1911 fue a Santiago donde después de aprobar su bachillerato inició estudios de ingeniería que fueron pronto abandonados. Escribió poesía desde muy joven y trabajó como periodista. Su primer libro significativo, *Los gemidos*, es de 1922, al que siguen una treintena de obras, mayoritariamente de poesía que nos son parcialmente accesibles a través de dos antologías realizadas por el poeta, una que abarca de 1916 a 1953 y la última, publicada póstumamente en 1969 con el título impuesto por el editor de *Mis grandes poemas*. Exiliado en los últimos años de la cuarta década vivió un tiempo en Montevideo y recorrió otros países de América. Casado con Luisa Anabalón, que publicó bajo el nombre de Winnét de Rokha, padre de Carlos de Rokha, suegro de Mahfud Massis, todos ellos también poetas, formó en la literatura chilena algo así como un enclave tribal.

Conocido más por su fama de desmesura y vociferación que por sus valores poéticos intrínsecos, es necesario reconocer que hay allí radical injusticia y que sean cuales fueren los factores que han provocado ese oscurecimiento sin duda tienen una naturaleza extrínseca a su poesía. Si bien su obra mantiene un tono de frenesí y de tremendismo que puede volverse en algún momento fatigante, es admirable la imaginación y la energía con la que mantiene una tensión que pocas veces desmaya. Asimismo, es notable que, a pesar de su carácter torrentoso y aparentemente verbal, que puede hacer pensar en la escritura automática de los surrealistas, a los que, sin duda, les debe como le debe toda la vanguardia chilena de esas décadas, nunca deja de producir imágenes fuertemente sensibles o materiales, como si más que un juego de asociaciones verbales estuviéramos siempre ante una pesadilla o un delirio de alucinaciones. Quizás este rasgo lo vuelva uno de los pocos poetas en los que es posible reconocer casi intacta la influencia de Lautréamont, al que por otra parte el poeta menciona en muchas ocasiones, que algunos críticos ya han señalado.³ En algunos casos el contacto es directo como en los dos fragmentos que transcribo a continuación y que corresponden precisamente a conocidos episodios de los *Chants de Maldoror*: “Y todo el polvo de la tierra se volvió piojos, / y piojos

2. *Oceania de Valparaíso* en *Estilo de masas* (1965), Recogido en *Mis grandes poemas*. Antología. Santiago, 1969, pág. 248.

3. Juan de Luigi en la Introducción a P. de Rokha, *Idioma del Mundo*, Santiago, 1948.

de piojos, y piojos de piojos de piojos, y piojos de piojos / de piojos de piojos, / grandes como el hambre del pueblo...”.⁴ O estos otros versos: “el terror te corroe y, mientras hay una sandía sin camisa, allí, en donde relincharon las mandíbulas, y un escorpión en el hueco del sexo...”.⁵ En otros casos muy frecuentes, hay como un parentesco de la imaginación: “Una gran manada de monos criabas en los sobacos, alimentándolos con vino ardido y grandes rifles verdes...”.⁶

Este lenguaje que amalgama Lautréamont a Rimbaud y los surrealistas, está también cargado de elementos populares que algunas veces no se funden completamente en su contexto. Pero de todos modos lo asombroso es que de Rokha consiga, en general con éxito, conciliar las diversas fuentes de las que brota su obra, ya que a las mencionadas todavía habría que agregar la voluntad de transmitir un contenido político revolucionario que a veces se incorpora mediante enunciados directos. Parecería que esa fusión se consigue solo por el tono frenético y por la “terribilidad” de las imágenes que él mismo proclama.⁷

De este modo, esa exaltada agresividad de de Rokha debe ser entendida no solamente como una exigencia de su temperamento o de su poética sino como la condición *sine qua non* de su poesía, la temperatura que ella necesita. La aspiración a hacer de su poesía una forma de ataque, según lo declara más de una vez, en prosa y en verso,⁸ es una con la posibilidad de la poesía a secas, es la única forma seguramente por la que de Rokha puede producir poesía.

Ya sexagenario, irremediabilmente herido por la muerte de su mujer, arrojado a una desesperación que culminó con su suicidio en 1968, de Rokha confiesa que es un “hombre de acción frustrado

4. *Moisés* (1937). Incluido en *Mis grandes poemas*, pág. 93.

5. *Sancho Díaz, capitán del sur define los actos mágicos* en *Morfología del espanto* (1942). *Mis grandes poemas*, pág. 157.

6. *Ibidem*, pág. 160.

7. “Declaro que comprendo y acepto la responsabilidad de la terribleidad de las imágenes, su rol tremendo de ofidios y bestias feroces en las que la vida íntegra está jadeando, porque está pariendo lo mortal infantil...”, *Genio del pueblo*, Santiago, 1960, pág. 121.

8. “Os corroyó a dentelladas las entrañas desesperadas el poema, porque le pisasteis la tremenda cabeza de víbora y os mordió la lengua con sus dientes de arcángel, os partió la boca de la cara con un bofetón del espíritu, os asesinó mi lenguaje, degollándoos, como a vacadas de matanza, que no entienden lo que no entienden”, “Demonio a caballo” en *Morfología del espanto* (1942) *Mis grandes poemas*, pág. 135.

por la literatura” y que ha nacido “en función de mando” y debió “haber mandado, encabezado, guiado hombres a la victoria o a la derrota, cruzado los desiertos, el mar o las montañas...”. Pero como “La gran poesía es la capadora de las grandes empresas” por ser ella misma una gran empresa, ese sofocado destino de líder, de hombre de acción que transforma el mundo, se realiza a través de una poesía violenta y agresiva. “Es el destino de los grandes poetas de todos los tiempos: insultar con su poesía, provocar la ofensa personal de los desinteresados y los reaccionarios, y engendrar enemigos con el estilo, al implantar las formas nuevas, contra las formas viejas”.⁹ En palabras todavía más terminantes dirá en otro de sus libros de la vejez: “la frustración del conductor de muchedumbres, aúlla en mis poemas...”.¹⁰

Esta frustración no solamente se trasmuta en la terrible beligerancia de su obra, sino que engendra también, como compensación, una valoración exaltada de su propia poesía que manifiesta sin ambages en múltiples oportunidades.¹¹ Y con esto está ya configurada de manera fatal su actitud ante Neruda. ¿Cómo extrañarnos de que el poeta virulento y lleno de sobreestimación que es Pablo de Rokha no se abalance sobre ese otro poeta más joven que va sumando viajes por el mundo, tareas diplomáticas, audiencia internacional, función de portavoz poético de un partido, rarezas bibliográficas, amistades ilustrísimas que mantienen con él un diálogo de elogios, caracoles exóticos, residencias confortables y refinadas en la tierra? Porque sea como fuere Pablo de Rokha no publica entretanto ediciones en tiradas limitadas y papeles suntuosos sino pobres libros cribados de erratas y gana su vida a duras penas vendiendo maquinarias o lo que sea por el interior de Chile y será incapaz de ver en la aproximación de Neruda a su propio partido y en la resonancia que el partido dará a esa incorporación, otra cosa que una simulación por un lado y un error por otro. Al fin de cuentas, cegado por su subjetividad, de Rokha hace un planteo moralista que debería ser ajeno a su perspectiva política: justa o no, la fama y la audiencia de Neruda sirvieron ampliamente a los objetivos que el propio de Rokha perseguía.

9. *Genio del pueblo*, pág. 129.

10. *Idioma del mundo*, pág. 72.

11. Ver, por ejemplo, en el “Canto del macho anciano” en *Acero del invierno* (1961) *Mis grandes poemas*, págs. 209 y 230.

Una fingida indiferencia

Neruda, por su parte, no fue ajeno al reino de la agresividad; en primer lugar, porque él mismo fue capaz de componer con eficacia poesía imprecatoria. Pero, además, porque consiguió generar por sus posiciones o por su obra una literatura abundante que lo enjuicia con antipatía o lo discute ácidamente ante la que reaccionó siempre, aunque fingiendo indiferencia, de una manera despectiva y ostensiblemente irritada.

Acerca de la poesía nerudiana en su función más agresiva, alcanza recordar *España en el corazón* (1937) en donde se alternan la nostalgia y la invectiva y en donde sería fácil descubrir importantes analogías –aunque también diferencias– con textos anteriores de Pablo de Rokha. En igual sentido es posible mencionar algunos trozos de *Canto general* (1950), por ejemplo, el que hace referencia a González Videla (V, V), y de *Las uvas y el viento* (1954), por ejemplo, en XXI, II.

Pero es más interesante rememorar, aunque sea muy brevemente, algunos de sus más famosos altercados en los que hay que suponer que aportaba su propio magnetismo para atraer los ataques de sus colegas, en algún caso de los más grandes. El precursor, o por lo menos uno de los más tempranos, es, desde luego de Rokha que en el año 1933 inhuma a Neruda con un artículo titulado “Epitafio a Neruda”, a propósito de *Residencia en la tierra*, artículo donde todavía no alcanza la incandescencia de sus diatribas más recientes y reconoce el valor de algunos de los poemas de dicho libro.

Poco tiempo después se trata nada menos que de Vicente Huidobro cuyo folleto, que, entre otras cosas, acusa a Neruda de plagiar a Tagore en el poema número dieciséis de los *Veinte poemas de amor*, suscita, a la vez, en España el homenaje de los poetas españoles que publican los *Tres cantos materiales* (Madrid, 1935) con una declaración admirativa. Algunos años más tarde Juan Ramón Jiménez dará otra vuelta de tuerca en una “caricatura lírica” dedicada a Neruda que integra su libro *Españoles de tres mundos*. En ella además de opinar sobre la poesía del chileno (“un gran mal poeta, un gran poeta de la desorganización”, “torpe traductor de sí mismo y de los demás”) nos cuenta que a consecuencia de no haber firmado el documento de homenaje de los poetas españoles (según nos dice se negó a firmar un primer proyecto, no el texto final que considera aceptable)

“Neruda me cantaba, con los varios suyos de entonces coplas soeces por teléfono”.¹²

En 1943, en vísperas de su partida de México en donde cumplió durante un par de años funciones de cónsul, Neruda hizo unas declaraciones en las que criticaba a la poesía mexicana por su esteticismo y su falta de compromiso. Octavio Paz, y ya tenemos un cuarto poeta en la fila de sus no pequeños contradictores, le responde con argumentos acerca de las relaciones entre poesía y política que no interesa discutir aquí. Pero no se limita a esto sino que es manifiesta su voluntad de zaherir: “Lo que nos separa de su persona no son las convicciones políticas, sino, simplemente, la vanidad... y el sueldo”.¹³ Creo que, en honor de la verdad, vale la pena recordar que la evolución ideológica de Paz —que también supo de las delicias de la vida diplomática y de su sueldo— lo ha llevado en esta última década a ser una curiosa mezcla de ultra al estilo de mayo del 68 y de místico oriental, lo que nos permite conjeturar que ya por el 43 había entre ambos poetas una verdadera diferencia de convicciones políticas.

Todavía podríamos recordar un quinto poeta, Juan Larrea, que un artículo del año 44 calificó a la voz (poética) de Neruda como “opaca y purulenta, como de negro engrudo”.¹⁴ Y algunos años más tarde al propio Nicolás Guillén, que al frente de los escritores cubanos reprocha a Neruda su viaje a los Estados Unidos y su amistad con el entonces presidente de Perú. Si fuera obligatorio llegar al séptimo poeta sería posible incorporar a la lista a un uruguayo, aficionado a la insolencia que ha hecho un cierto esfuerzo en denigrar a Neruda pero al que me niego a mencionar.¹⁵ Como tampoco merece ser exhumada la poesía antinerudiana del español Leopoldo Panero.

Por su parte, Neruda ni fue insensible ni carecería de armas para reaccionar. En general su técnica consistió en simular indiferencia y responder con aparente desgano que no encubre su verdadera irritación. En las *Odas elementales* (1955) se exhibe como perseguido injustamente por la envidia, en la oda a ella dedicada. Es curioso comprobar que allí Neruda no es menos jactancioso que de Rokha



12. J. R. Jiménez, *Españoles de tres mundos*, Buenos Aires, 1942, pág. 123.

13. O. Paz, *Respuesta a un cónsul*, en “Letras de México”, agosto, 1943.

14. J. Larrea, “El surrealismo entre el viejo y el nuevo mundo”, en *Cuadernos Americanos*, 3, 4 y 5, 1944.

15. N. de E.: Refiere sin dudas al poeta uruguayo Ricardo Paseyro.

en cuanto a la importancia de su poesía ni está más dispuesto a conceder que sus críticos sean otra cosa que gusanos o roedores. En *Estravagario* (1958) hay un poema titulado “Tráiganlo pronto” en el que se refiere, sin nombrarlo, a de Rokha, en el que juega a no saber si vive todavía su anatematizador y hace bromas con la necesidad que tiene de sus diatribas.

Un par de años más tarde, en *Genio del pueblo* (1960), quizás estimulado por ese poema, de Rokha satisface el pedido en cuestión.

Pero las más duras y penosas de las páginas que Neruda le dedicó a su contradictor obsesivo aparecen en sus memorias (*Confieso que he vivido*, 1974) donde ajusta cuentas con él cuando este ya se ha suicidado. Alcanza con transcribir el mote que le endilga (Perico de Palothés), para sentir la infelicidad de ese texto al fin de cuentas más rechazable que las ferocidades de las que es tardía réplica, tanto por las circunstancias en las que ocurre la revancha cuanto por la poquedad del tono empleado.

Pero muchos otros recibieron de inmediato, o años después, alguna muestra de esa subrepticia forma del rencor. Así ocurre con Larrea al que dedica una Oda, llamada “a Juan Tarrea”, cuyo texto es tan despectivo como su título y de un tono que supone dar por suelta la propia grandeza. Y las ya mencionadas memorias permiten descubrir debajo de los nombres alterados u olvidados más de una vindicta que solamente pueden reconocer los iniciados.

Si me he detenido a recordar toda esta pequeña historia y a mostrar que Neruda también tuvo una conducta pasional, no es por cierto para encarnizarme con él ni para cargarlo con culpas que pueden ser veniales, sino para justificar lo que dije al principio: de Rokha y Neruda forman un “sistema” complejo que abarca al agresor y al agredido, y todavía por encima de ellos dos, refleja un clima cultural. Aquí publicamos la pieza más extensa y más escandalosa, pero es importante recordar que no se trata simplemente de un texto curioso sino de un documento que integra un legajo mucho más amplio y que es imprescindible para comprender la literatura, y no solo la literatura, de nuestro continente.

Rescate

Problemas de la Juventud en nuestro país¹ Concurso de *Marcha* para jóvenes en 1952

Juan Fló

¿Hasta qué punto existen y son investigables los problemas de la juventud en nuestro país? O mejor, ¿qué criterio seguir para determinar aquellos caracteres peculiares, los que no están determinados meramente por la juventud o la situación geográfica, sino que nacen de una coincidencia generacional, de la inserción de esta juventud en este país.

Por lo pronto, vamos a limitarnos a estudiar un grupo menor, pero en el que, de alguna manera –si hay un substrato común que permita hablar de nuestra juventud– deben darse los problemas de la juventud uruguaya. Vamos a enunciar además algunos supuestos: que en ese grupo, por una cierta tendencia introspectiva de sus componentes se dan más presentes y manifiestos sus problemas; que en ese grupo, además, aparecen más claramente los caracteres especificadores porque de alguna manera sobre él inciden especialmente las condiciones típicas del Uruguay; que ese grupo, en fin, tiene conciencia de ser uno entre otros y por lo tanto mide y conoce sus problemas refiriéndolos a los problemas ajenos, casi apropiándose de ellos.

Si hubiese que definirlo vagamente diríamos que está constituido por aquellos que intervenimos en este concurso o pensaron



1. Publicado en *Problemas de la juventud uruguaya*, Montevideo, *Marcha*, 1954, pp. 156. Introducción por Carlos Real de Azúa y textos de Roberto Ares Pons, Carlos M. Rama, Emilio E. Castro, Arnaldo Gomensoro, Juan J. Fló.

intervenir. La mayoría de sus integrantes somos montevidéanos de la clase media –o determinados por conflicto o ambición por esos montevidéanos de la clase media. Es preferible, sin embargo, ver de describir menos conceptualmente, y por lo tanto de una manera arbitraria, la historia común a cada uno de nosotros.

Nosotros, esta juventud invocada, vivimos durante la tercera década del siglo en un punto en el cual el peinado *garçon*, los vestidos de cintura corrida, difícilmente podían grabarse en nuestra memoria. Estaba expirando el fin de un siglo de apenas veinte años, que había visto la exaltación del Duce, la expansión de los “ismos”, los viajes en avión a través del océano, el “modern style”, Charlot. Nos angustia pensar que cuando vinimos al mundo ya estaba hecha la revolución soviética, Valle Inclán casi había agotado sus patrañas, los automóviles hollaban el mundo entero, *Ulises* y *Ser y tiempo* habían sido publicados y nuestros olvidados profesores de hoy estaban a punto de ser prestigiosos autores de esa docena de libros aparecidos cuando nosotros gateábamos apenas.

Esa burbuja feliz que fue para nosotros la tercera década del siglo XX, se quebró en algún momento de nuestro pasado. Terminaron la escuela, los atardeceres de verano en el barrio, cuando jugábamos con otros chiquillos entre gritos ahogados por la tibieza del sol poniente. Para ese entonces habíamos leído el *Tesoro de la Juventud* de cabo a rabo.

Nuestra adolescencia debía estar llena de aviones Spitfire –de fotografías de aviones Spitfire– y al borroso recuerdo del Zeppelin se agregó la excitante proximidad del Graf Spee.

Este esquema nostálgico admite ensanchamientos impensados. Uno de nosotros pescó siempre –no iba a la escuela casi nunca– en las afueras de la ciudad de Paysandú. Aquel otro se fue de la casa, miserable, a los catorce años y todavía no ha conseguido trabajo. Y hoy todos nosotros –lecturas fragmentarias, alguna carrera universitaria prevista o ya mediada, un empleo público, el parasitismo– rodeados de un vago destino intelectual, decidimos explicitar ambiciosamente nuestra rumiada problemática.

Por lo pronto encontramos en nosotros, más allá y más adentro que nuestros problemas cotidianos, una difícil responsabilidad que nos une como generación, una responsabilidad levemente mesiánica que nos envía a rescatar algo que está, creemos, esencialmente mal: nuestro ambiente, la R[epública]. O[riental]. del U[ruguay]. entera.

Comenzamos por rechazar a aquellos de nuestra edad que carecen de esa preocupación. Es así que ni los alumnos de la Escuela Municipal de Arte Dramático, ni los miembros de las Juventudes Batllistas, por ejemplo, que por muy diferentes razones ignoran la “verdadera misión” y creen que el Tupí o el Uruguay, respectivamente, son el mejor país del mundo, ni unos ni otros, decíamos, son considerados como miembros más o menos implícitos de la generación.

Pero a partir de este estadio general de malestar y misión se puede hacer el “clivage” de una serie de grupos incompatibles. Los que creen, por ejemplo, que el problema social es el dominante y aspiran a una nueva o clásica variedad de revolución; los que sostienen que hay fundamentalmente una decadencia de la espiritualidad y la religión; los que proclaman la seriedad, el rigor sin justificaciones, el estudio y fichado de todos los libros. De alguna manera, sin embargo, todos ellos constituyen, constituimos, esa realidad que pretendemos modificar y quizá podamos acusarnos unos y otros con razón, de jugar con las palabras e ignorar lo esencial.

En resumidas cuentas: estamos frente a una generación que, cohesionada por un afán renovador, por un cansino afán nada romántico, se halla dividida en grupos incompatibles y lo que es peor desconociendo su destino más trágico: ella también integra la realidad contra la cual se rebela, trata de modificarla ignorando cuál es su vicio fundamental e incurre precisamente en él.

El ámbito

Este joven díscolo no está determinado solamente por su sedición juvenil; su actitud no es una reedición de la mera lucha de edades. Ante él se extiende una realidad cultural conformada por la derrota de sucesivas generaciones, realidad frente a la cual no cree doblegarse, pero a la cual sucumbe irremisiblemente. En último término su propio ademán está infectado, es un término más requerido por la serie que pretende interrumpir.

Pero veamos de describir esta realidad.

Si apelamos a un testigo privilegiado, por ejemplo, a nuestro amigo que ha regresado de Europa, nos enteramos por primera vez del carácter colonial de este puerto. Sabremos entonces que nuestro acostumbamiento nos ha hecho presumir una autosuficiencia que la propia fisonomía externa desmiente, y que el Dakar supuesto

pintorescamente por nosotros no es esencialmente distinto de esta factoría. Es claro que podemos desentendernos de este testimonio, atribuirlo a una neurosis del recién llegado, alegrarnos orgullosamente de ser uruguayos.

Cabe también pensar, sin embargo, que desde algún decenio atrás, desde D. J[osé]. Batlle y Ordóñez, por ejemplo, esa incongruencia de origen inglés que es la R. O. del U., se decide a especular cuanto reflejo despide Occidente, ufanándose de su progreso, apropiándose de una situación espiritual que corresponde al fin del período satisfecho de la tan mentada crisis de valores de nuestro tiempo.

Y cabe, sobre todo, mirar con ojos ingenuos este ámbito que odiamos y constituimos simultáneamente. Reparar que a nuestro alrededor no hay motivos que justifiquen nada de lo que existe o de lo que se hace, comprobar que los valores que han fundado no la civilización que creemos integrar –y continuar!– sino todas las culturas, valores que parecen adscriptos a la simple actividad reflexiva, han desaparecido detrás de nuestro horizonte. Si buscamos indicios de su supervivencia los encontraremos bajo la forma de palabras vergonzantes: muerte, Dios, mal, amor, usadas profusamente nada más que por el melodrama, por el episodio radiotelefónico.

Por otra parte, esta carencia no es trágica. No es la imposibilidad de creer que acrecienta el asombro y la angustia, sino que ignoramos que descreemos. Jamás hemos experimentado la alegría o la tristeza de saber que “Dios ha muerto”. El mal no nos propone el sentimiento de caída sino el desasosiego de la incomodidad. El satanismo de Lautréamont se reduce para nosotros a una temática extraña, a una simbolización –¿de qué?– a un mero antecedente de un movimiento divertido, ya no muy “à la page”, que se llamó surrealismo.

Lo que en realidad ocurre es que no hemos perdido los valores. No hemos sido nosotros los que los hemos perdido. Simplemente no los poseemos. ¿Hay algo más ajeno al trastrueque que pretendía Nietzsche que nuestra indiferenciación espiritual? Y carecemos también de la pasión. No hay en nosotros verdaderos odios o amores que la susciten. ¿Son acaso apasionados los libros polémicos del Dr. Araucho o el Padre Pavanetti? ¿Lo fue una mesa redonda sobre arte abstracto que se realizó hace poco tiempo? ¿Es que puede serlo la tontería, la mera frivolidad?

Nuestra inmotivación nos ha hecho perder de consuno con los fundamentos lo que los fundamentos fundamentan: nuestra propia existencia en el mundo, la misma realidad. El idealismo, por llamarlo

así, que esto implica, es nuestro rasgo más peculiar aun cuando se asombren todos cuantos creen que creen en el mundo exterior.

Cuando la muerte deja de estar presente en la existencia, cuando lo que trasciende no fundamenta este pobre mundo trascendido y debemos vérnoslas con una escueta sucesión inapelable, no reducible a otra cosa que a una maraña potencial de conexiones objetivas y científicizables, esa serie misma –nuestro mundo y nuestro ser en el mundo– se quiebra y se irrealiza. La existencia se torna entonces espectáculo, o, mejor, ensayo de un espectáculo a no realizarse jamás. Cada momento irrecuperable tiende a ser reducido a un momento posterior, a volverse intercambiable con él.

Cuando el término último e ininteligible de la serie, la muerte, no está presente en cada uno de los términos anteriores, estos permanecen sin otra cualidad que su posición, se suceden simplemente tendiendo al infinito. Cada momento no es para nosotros otra cosa que un momento del infinito indiferenciado.

Pero esta experiencia no es trágica, no conforma al hombre “révolté” sino al mero y cotidiano hombre “dégoûté”. El hombre, el montevideano, que se refugia en el periódico, en el cine, en el fútbol, en la conferencia, el partido batllista, herrerista, cívico..., en la viveza, en el café, en la asociación de escritores. Los toros eran para él un espectáculo terrible –se opine lo que se quiera del entusiasmo simbólico de Landsberg o Faure es indiscutible que en los toros “está” la muerte– y debió sustituirlos por el fútbol, arte abstracto, ejercicio borgiano del estilo, de la viveza vuelta espectáculo, ella, nada menos, cuya pretensión dominante es transformar en espectáculo el mundo mismo.

El dolor presente del cante, la lluvia de realidad de los tamboriles no congenió con el estilo de este hombre. Debió crear el tango en el que la nostalgia –a diferencia del “nessun maggior dolore”– importa la ligera alegría de recobrar un mundo inconsistente ya. En el que este presente es abandonado por otro más feliz: este presente cuando ya ha pasado, cuando ya no es más.

Todo esto constituye el *ersatz* de una realidad, en la que no se cree ya pero que sin embargo acucia de alguna manera, que fue ofrecido a nuestra generación en algún momento de su adolescencia. Y nosotros, con pujos de revolución, continuamos moliendo esta harina hasta volverla impalpable. La realidad había sido ya sustituida por generaciones anteriores, solo restaba, simulando desvío, encantarse con el sucedáneo.

A todo esto, nuestro incrédulo –el mismo que hemos biografiado– hará una objeción importante. La situación descrita, dirá, parece no ser esencialmente diferente de la de todo el mundo occidental. Es arbitrario achacar la pérdida de valores a nuestro reducido ámbito cuando desde el siglo XVIII (o XVII, o XVI) se observa la aparición de las “antiposiciones”. Quien lea el estudio de Groethuysen sobre el origen del espíritu burgués o quien recuerde, por ejemplo, los análisis contemporáneos de Heidegger –el “das Man”– o de Jaspers –el solista contemporáneo– encontrará en el inmanentismo, el olvido del “ser para la muerte”, la “incapacidad de sentirse próximo a ninguna cosa concreta”, la réplica perfecta de los caracteres que hemos enunciado como propios de nuestra irreal realidad.

Nuestro contradictor agregará, por cierto, y allí su argumentación incluye nuestra réplica, que el positivismo, verbigracia, o cierto impreciso espiritualismo que postulándose enemigo está teñido por aquel, al influjo de los cuales se han formado nuestras generaciones anteriores, son nacidos en Europa y aún perduran bajo formas nuevas.

Hemos dicho que nuestra réplica está ya implicada, en tanto lo anterior avanza ya la peculiaridad de nuestra situación: nosotros nos hemos limitado a importar ese espíritu que no apareció determinado por nuestra cultura sino por la cultura que a su vez se nos había otorgado. Lo que ya hemos dicho: no hemos perdido nuestros valores, no fueron nuestros nunca ni los hemos perdido nosotros. Si fuese posible hablar de una decadencia de occidente se daría este hecho inusitado: acompañándola hemos decaído del más llano suelo.

Ocurre, pues, que no somos unos entre otros, no es posible considerarnos tan occidentales como Alemania. No somos “otros” occidentales sino una colonia occidental y, lo que es peor, una colonia no vivificada por un conflicto, una colonia occidental que ni siquiera es una punta de lanza entre negros e indios.

Cuando Valéry temía una crisis del espíritu originada por Europa misma al volver “les forces proportionnelles aux masses” debió temer más por nuestro espíritu, el de las colonias europeas. Nosotros creímos ese principio –sentado por la fuerte y reducida Europa– ignorando nuestra dependencia y por lo tanto nuestra impotencia para acceder de alguna manera a la fortaleza.

Una cultura puede darse el lujo de la decadencia, de la apostasía. De alguna manera esa decadencia y esa apostasía son plenamente

suyas y validadas por el contexto histórico. Las instituciones, por otra parte, aunque vaciadas, pueden sobrevivir por velocidad adquirida. La superstición pasiva que las mantiene sustituyendo a la firme creencia que las engendró guarda todavía un acceso a sus motivos esenciales por el que es posible regresar y alcanzarlos. Cabe un tradicionalismo que no pretenda volver a aquellos polvos que traerían estos lodos nuevamente, como diría Juan de Mairena, sino capaz de ver en estos lodos la presencia enjuta de aquellos polvos, salvar aquellos en estos.

Entre nosotros, en cambio, el remanente es una pura emisión de voz, *flatus vocis*. El regreso al sentido de las palabras y de las instituciones está obturado. No es posible remontando en ellas alcanzar su significado, porque no una degradación sino un hiato las separa de nosotros.

En algún momento de la historia de nuestro país, momento que todavía perdura en ciertos grupos, una generación se asió de las palabras, que le proporcionaban la denominación de los fundamentos, olvidando los fundamentos mismos. Rodó es un ejemplo patente de fingido entusiasmo y temas fingidos. Nunca recuperó el verdadero sentido de sus frecuentísimas citas regresando a sus experiencias primordiales, pudo derramar veneración prestada sobre pintores que nunca había visto, hablar del hombre, de la fe, la persona, sin que jamás sepamos cuál era su propia comunicación con los problemas si es que eran también suyos. Hizo precisamente lo contrario de lo que puede salvarnos cuando flaquean las instituciones: recuperar en nosotros las experiencias elementales, las que luego darán sentido a ese mundo nominal que nos rodea.

En la historia de nuestra cultura el esfuerzo por recomenzar a descubrir el sentido de lo heredado y perdido, es realizado por Vaz Ferreira, quien, en último término, es incapaz de recobrar los grandes temas. Su actitud es puramente crítica, ignora que su afán por reducir el extremo dualismo de las soluciones clásicas implica, en filosofía, el desconocimiento de los problemas que precisamente están planteados por esa dicotomía, encerrados en el paréntesis que forman las respuestas contrarias. Esa actitud crítica, más leal por cierto que la simulación de sus contemporáneos, no lo desposeyó menos de los motivos. Sabedor de que sin una religión la vida carece de sentido abandona ese límite infranqueable y prefiere contentarse con la posibilidad de que el problema de Dios sea un falso problema, un problema que no hay derecho a proponer.

En este punto y con estos precedentes, nosotros, esta juventud, ingresamos en la historia.

Nuestra derrota

Henos pues en un círculo del infierno donde todo ha sido reducido a imágenes o vocablos, donde la realidad ha huido en ancas de toda trascendencia y un desarraigo constitucional impide asideros y regresos. Es a esta presunta realidad, pues, que alejados ya definitivamente de nuestros abuelos inmigrantes, inseguros en un mundo que se embarca en excesos que nos son ajenos, nos asomamos creyendo en nuestra lucidez, en una responsabilidad que nos une, en el derecho a segregar baladronamente a algunos de nuestros contemporáneos de la no por cierto menos heterogénea mezcla que constituimos.

Nuestros arrestos, sin embargo, como ya hemos dicho más de una vez, ignoran el verdadero mal y están penetrados por él. Nos hemos dado de lleno a cumplir una consecuente purga de todo aquello que no era nuestro en lugar de apropiarnos de una buena vez de algo. Hemos quedado transformados por obra de ese afán en una generación crítica, enemiga de la cursilería y de la ampulosidad, ignorando que nada queda para respaldar nuestro prurito de sobriedad y que el mundo y la vida se nos han escapado con lo que creemos pura ganga.

Asomados a una falaciosa realidad que pretendía conservar imitaciones vacías, comprendiendo que esa realidad nos es ajena, decidimos abismar con ella el lugar que pretende ocupar, renegando así no de su falsedad sino de su modelo, desechando también la genuina realidad que debimos recuperar.

Es la triste moda de la anticursilería que, indiscriminadamente, agrede todo esfuerzo de relación con los temas del hombre, que coarta dentro de nosotros mismos la posibilidad de sufrir impúdicamente, que nos arrastra a otorgar simpatía e indulgencia a toda pretendida obra de arte en la que no aparezcan ni por asomo las malas palabras tocadas de trascendencia.

La cursilería es una modalidad del desgaste, consiste en la sustitución de una experiencia por su mera denominación hereditaria e implica el olvido de esa experiencia unido a la satisfacción orgullosa de su posesión. En el arte, donde no parece suficiente la fidelidad a nuestras experiencias centrales sino también a una forma huidiza y refleja que es esa misma experiencia valiendo en una tradición expresiva y luchando contra una resistencia casi material (lo que algún teórico

que cree pensar claro y simplemente piensa mal, llamaría el problema técnico), la cursilería no pierde su carácter central de memorización, sea en el primer plano de experiencias, sea en el plano de la expresión.

La terapéutica contra la cursilería no puede ser, por consiguiente, la amputación. No consiste en desechar sino en recuperar, en nuestro caso lo que perdieron nuestros mayores, en vez de olvidar simplemente los fraudes con los cuales ellos simulaban su posesión.

Regresamos, pues, con nuestra generación a la descripción que hicimos de nuestro ámbito, del ámbito que nuestra generación pretende superar. La realidad es también para nosotros como nuestra existencia una mera sucesión, “una pasión inútil”. Pura pedantería nos dictó nuestro “something is rotten” y nuestro valor renovador no hizo más que sacudir algún disimulo estéticamente deplorable.

El periódico que auspicia este concurso, *Marcha*, puede servirnos a las mil maravillas para ejemplificar estas afirmaciones, siendo, como es, portavoz de un grupo prestigioso. Los que intervenimos en este concurso, todas las semanas compramos nuestro ejemplar. Todos, sin excepción imaginable, gozamos con los desprecios implícitos, las críticas precisas y barrocas, el justo insulto. Todos sabemos que una cierta facilidad, una cierta impunidad, protegen nuestro placer y el de los que escriben lo que leemos.

Lo que ocurre es que *Marcha* es un periódico crítico, lo que le permite lucidez discrecional al no plantearse realmente los problemas y problematizar en cambio las soluciones dadas por otros a los problemas. Eso explica alguna incoherencia como la propalada defensa de la “tercera posición” que, si bien es natural en muchos de nosotros, seguros de que nada nuestro se juega en este momento del mundo, no puede serlo para un grupo que cree que la democracia, esta o la que podemos hacer después y por consiguiente también la de EE.UU. es mucho más que un también percedero y discutible sistema político.

Su situación crítica le permite, en lugar de decidir a partir de sus principios generales, decidir entre las soluciones exageradas e inelegantes de los demás.

Marcha es, además, sobretodo en sus proverbiales páginas de crítica literaria o cinematográfica, ejemplo del terror a la cursilería de que hablábamos más arriba, y, lo que es peor, de anticursilería claudicante. Sustituída la mayoría de las veces por crueldad, –tan fácil y tan uniforme, tan proclive a volverse cursilería en unos lustros– debe ser compensada de alguna manera. De ahí las referencias

emocionadas o tiernas, las apelaciones al amor o la muerte con las cuales el cronista intenta comprobar que él también conversa de vez en cuando con el hombre que siempre va con él.

Esto parece demostrar que el odio a la cursilería no es en ellos, y si ellos son termómetro de nosotros, lo demuestra para toda la juventud, un rechazo de plano de los problemas que pueden implicarla. Por el contrario, parece ser que no nos cabe duda que nuestro respeto y contención salva precisamente esos problemas. Estamos convencidos al leer a Dostoievski que estamos próximos a su demonismo, a su desesperación, a las humilladas y orgullosas confesiones de sus personajes. Nos extraña en cambio que la vestimenta juegue un papel tan importante en las descripciones, en la calificación, en la simpatía que debemos otorgarle a esos pobres y poderosos caracteres. Ignoramos precisamente que si bien la vestimenta es tan determinante en nuestras pobres vidas reflejas como en las novelas de Dostoievski, por el contrario, nuestras pretendidas y ayudadas angustias nada tienen que ver con las de la familia Karamazov.

En *Marcha* se ha adoptado, quizá por puro orgullo profesional un término revelador, cronista, que puede aplicarse a todos nosotros y definirnos como una generación de cronistas, de espectadores avezados.

Bien hace *Marcha* en reunirnos e inquirir por nuestros problemas. La inconsistencia del mundo exterior no ha producido entre nosotros ni siquiera un artista portavoz, cabal y consciente de tal situación. Nuestra generación ha encontrado, sin embargo, su tema en un escritor casi compatriota: J. L. Borges.

El predicamento que goza este enemigo de toda cursilería, enunciador de aparentes arideces abstractas, se debe sin duda a la identidad de situación –en él, aunque no menos atroz, perfectamente explícita– con nuestro ámbito, identidad que paradójicamente, vuelve realista su literatura, descriptora taimada de nuestra realidad. Borges es la perfección de la mentira, de la falta de compromiso, del puro juego.

Según confiesa en alguna parte ha dedicado su existencia a leer más que a vivir y no es raro que la pobre realidad tan necesitada de atención se le haya escapado al socaire de tanta imagen. No ha hecho, por otra parte, como algún honrado y campesino erudito, dispuesto a renunciar a la vida por la gloria de saber muchas cosas, sino que su transacción es más incongruente: ha sustituido que no resignado a perder.

Un elegante ademán –el que puede ensayarse, el que no es otra cosa que fruto de la meditación, de la invención –un ademán falso y presuntuoso lo ha reducido a su confesado “monopolio de ambigua circunstancia”, lo ha obligado a desdoblarse en un “doppel-gänger” y a querer ser porteño a toda costa, es decir a no ser otra cosa que un “estudioso del límite”, un “*amateur* de la indigencia”.

Borges ha defendido a la literatura fantástica afirmando su antigüedad, descubriendo que en sus cinco o seis temas inevitables implica los cinco o seis temas inevitables del hombre, pero ha olvidado que cuando la literatura fantástica aparece, es cuando nada tiene de fantástica, cuando se cree a pie juntillas en la cosmogonía y en la leyenda. Además, este Borges que afirma que los autores no son parecidos porque lo sean sus opiniones, que sabe y explota que “La hora de todos” haya sobrevivido a la “Política de Dios”, que prefiere interesarse a creer en un mundo ultraterreno, remitiéndose a los problemas esenciales hace un doble juego en el que evidentemente triunfa su actitud auténtica: el “ligero ejercicio inútil de la negligencia o de la blasfemia”. Es en esta ambigüedad indecisa, en este escepticismo consolado y sin desesperación, que ignora el poderío de las motivaciones, que ignora lo real, es en este sueño repleto de sueños que vive Borges y nace su literatura, hecha a nuestra más exacta medida. Y el propio escritor se encarga de afirmarlo rotundamente en sus ensayos teóricos en los cuales el infinito que campea en su obra narrativa se confiesa como puro acertijo zenoniano y el mundo exterior –y el interior– que ya había reducido Hume a una pura secuencia de fenómenos se ve desprovisto también del orden temporal.

A pesar de todo Borges no ha escapado a un incongruente afán de perfección: se ha transformado en el ejemplo palmario y pleno de una circunstancia espiritual, en su artista. Ha despreciado el vacío ejercicio metafórico que sustituye un objeto por otro equivalente cuando ese infinitamente regresivo ejercicio sustitutivo corresponde precisamente a su visión del mundo. Vencido por una irredimible nostalgia de todo aquello en lo que no cree ha adoptado, en cambio, el epíteto esencial, paradigmático, lo que A[mado]. Alonso llamó “comprimidos”.

Borges es, pues, el único ejemplo admirable de nuestro inconsciente solipsismo, de allí que sus caracteres más pegadizos como alguna forma del estilo o su perenne crueldad intelectual se hayan adherido fuertemente a nosotros y se hayan transformado en nuestras

formas batallonas de satisfacción. Por otra parte, nuestra literatura no se ha arriesgado por ese camino difícil y que exige por lo menos inteligencia sino que su ayuno de realidad se refleja en su origen estrictamente literario.

Nuestros jóvenes escritores —alguna excepción que se salva sola, si es que la hay, no modifica el valor de tal juicio— se lanzan con denuedo a confeccionar una literatura de segunda potencia, en el vacío de una serie de principios o reminiscencias que sobrenadan a sus lecturas. Si bien la literatura no suele hacerse desde la inocencia, puede hacerse desde ella —la primera vez debió hacerse así: “Qui feut premier, soif ou beuverye?— Soif. Car qui est beau sans soif durant le temps d’innocence?—.”² Y aun cuando no se haga desde ella solo puede nacer del combate entre un momento de la historia de la expresión y nuestra experiencia personal. ¿Cómo limitarse a repasar fantasmas y retocarlos con el deseo de hacerlos pasar por nuestra descendencia?

Esta falsa actitud se ha manifestado claramente en los concursos de cuentos que periódicamente se realizan entre nuestros escritores jóvenes. Por otra parte en el N.º 15-16-17 de *Número* y en el N.º 25-26 de *Asir*³ se ha denunciado expresamente esta incapacidad, que no es precisamente literaria sino existencial.

Esta tendencia a sustituir el mundo por su imagen es tal, que lleva a simular una literatura pretendidamente realista, es decir un naturalismo hecho sobre la literatura naturalista y no sobre la realidad; una literatura que pretende obtener los “universales” de la realidad no de la realidad misma sino de la abstracción ya hecha por otra literatura.

2. «¿Qué fue primero? ¿La sed o la borrachera?». «La sed, porque ¿quién bebería en estado de inocencia?». Rabelais, *Gargantua*, I, 5. (N. de E.)

3. En las revistas citadas se da cuenta de dos concursos de cuentos realizados en esos años. *Número* publica las actas de un concurso para jóvenes menores de treinta años, en varios sentidos análogo al de ensayos de *Marcha* ya que fue también convocado por la Asociación Cristiana de Jóvenes en 1951, en ese caso asociada a la revista *Número*. Reiteró dos de los jurados —Rodríguez Monegal y Carlos Real de Azúa— a los que se sumaron Rubén Areán, Mario Benedetti y Carlos Martínez Moreno. Una reflexión, en este caso breve, sobre el concurso se queja por la debilidad de los cuentos presentados a que parece referirse Fló. (*Número* Año 3 N.º 15 16 17 p. 403 y ss.). *ASIR*, la otra revista del 45, refiere en el citado número de su revista, a un concurso anterior para jóvenes convocado en 1949 y repetido, ya sin exigencias de edad, en 1951. Tanto en la integración del jurado como en los premiados comparecen nombres de la famosa generación y de otros más jóvenes. En comentarios al concurso se manifiesta la disconformidad análoga a la numeraria y la falta “de fuerza de exigencia vital” y de “una imaginación poderosa, capaz de imponer nuestra realidad y de imponerla audazmente” (*ASIR* N.º 26, 26 enero 1952 p. 112 y ss.). (N. de E.)

Pero la literatura ya no concita fervores –abundan en cambio las existencias y las penas literarias– y una nueva e irreprimible erupción artística nos arremete: el cine. En principio podría pensarse que el realismo esencial del cine –la cámara siempre fotografía “algo”– nos atrae porque estamos hambrientos de realidad. Pero no es así; lo que ocurre es que la realidad cinematográfica tiende siempre a destituir a la realidad inmediata. Es pintoresco y revelador el aspecto que ofrecen los espectadores al terminar el espectáculo: los rostros desentonan, los movimientos se hallan entorpecidos no por la quietud sino por el desacuerdo con este mundo. Todos parecen regresar de otro planeta.

De modo que el apasionarse por el cinematógrafo indica ya el desapego que venimos cercando. Pero hay que agregar que nosotros no deseamos ser solamente espectadores, sino que deseamos hacer cine. Hemos hecho pues una muy descolocada elección, casi podría afirmarse que la imposibilidad material es la que ha hecho nacer tantas frívolas vocaciones. Hemos justificado de antemano el ocio y la charlatanería.

Nuestro frustrado cineasta se abalanza entonces sobre los libros y las revistas de cine, compra colecciones de *Bianco e Nero*, de *Sight and Sound*, de *Cahiers du Cinema*, sustituye la imagen que no puede realizar o ver por otra imagen un poco más estática, la hoja impresa, jerarquizando un universo de falacias como si sobre él se hubiese desencadenado toda la violencia gnóstica de Basilides.

El ocio forzoso de nuestro cinéfilo es por otra parte el típico ocio nacional. Un ocio incapaz de alegría, un ocio tristón y matero, un ocio frustrado que no está hecho para pensar ni para ver ni para “sacrificar a Jehová” sino simplemente para sumirse en el asco quieto o en la activa falsificación, un ocio de espectadores aburridos con alguno que otro aplauso simulado.

Esta marisma puede ser loada, sin embargo, pero para ello es preciso encomiar sus principios más inconfesables o afirmar que tras ellos se esconde una secreta profundidad. Dos nombres podemos elegir para ilustrar esta actitud: [Carlos] Maggi y [Manuel] Flores Mora. Ambos, en numerosos artículos, se han encargado de recuperar –ya uno, ya el otro– la dignidad de más de una estupidez: el fútbol, el machismo, la garra oriental, la mugre –que ni siquiera tienen– la viveza.

Un artículo de Maggi, publicado en el N.º 646 de *Marcha*, confiesa alegremente que vivimos en un mundo donde “felizmente el

hombre está cada vez más sediento de representaciones”. Es claro que para decir tal cosa se ve obligado a confundir este despojo con la magia y con el teatro.

Por otra parte, puede encontrarse en todos aquellos ejemplos que hemos requerido un carácter común: la suficiencia, la alegre seguridad en sus verdades. Esta suficiencia parece también determinada por el desapego. La realidad vuelve humilde e inseguro, determina el juicio, pero lo modifica constantemente. Solamente es posible volar, y caerse, con tanta ligereza y comodidad en el más absoluto vacío.

Conclusión

A todo esto, parece oportuno no continuar buscando ejemplos que no esperan convencer a nadie. Más de uno pretenderá defenderse de la acusación de solipsismo con el viejo “argumentum baculinum” usado por primera vez, en este caso, por parte de un idealista.

Otros dirán que nos hemos limitado a estudiar un grupo parasitario, aunque en los mismos activistas –a los que nuestro contradictor debe pertenecer– no es difícil encontrar abundantes indicios del vicio reseñado. El P[artido]. Comunista criollo, verbigracia, proclamando “slogans” que aquellos que deberían usar son los primeros y únicos en creer; la FEUU adoptando posiciones generalmente más acertadas que las de la mayoría de los estudiantes –pero no por eso menos ficticias en un organismo representativo cuya opinión solo serviría de algo si fuese la de sus representados, en tanto solo ellos y con sus manos podrían evidenciarlas– ayudan, entre mil, a completar un paisaje donde todo es apariencia.

Cabe, en fin, afirmar que, siendo nuestro problema específicamente cultural, parece viable interrogar principalmente a aquellos que por vocación amenazan solucionar todo problema de este tipo. Cabe también afirmar que ningún problema particular y desglosado puede ser ajeno a la circunstancia general, a este gran problema de nuestro fracaso.

¿Qué hacer entonces?

Si fuese posible vaticinar diríamos que nuestro destino es salvarnos excepcional o individualmente, que ninguno de nosotros, de no ser mucho más que una “promesa”, podrá justificar ni de la manera más modesta esta cenicienta vida que llevamos.

Rescate

Más polémicas¹

Montevideo 18 de abril de 1949

Señor Director de *Marcha*:

En las páginas literarias de los Nos. 472 y 473 de ese semanario, se publicaron las escuetas líneas con las cuales el señor Rodríguez Monegal contesta a la crítica del señor Ricardo Paseyro.²

Los lectores de *Marcha*, ante esto, (artículos y respuesta) pueden reaccionar de diversa manera; una clasificación sumaria e improvisada los agruparía así:

Los enfermos de fobia irredimible hacia Emir Rodríguez que darán la razón a Paseyro, aun sin leer sus artículos de *Crónica*, porque lo atacan meramente.

Los admiradores del mismo Emir, que discreparán de lo sostenido por Paseyro, por la misma razón que los anteriores y probablemente con los mismos elementos de juicio.

Los que reconocerán error en la crítica, a la crítica, de Paseyro y perfectibilidad en la criticada crítica de Rodríguez.

Los que reconocerán error en la criticada crítica de Rodríguez y perfectibilidad en la crítica, a la crítica, de Paseyro.

Todos estos lectores tienen el mismo derecho que yo para escribir una carta a *Marcha* exponiendo su tercería, pero prefiero ganarles de mano, y al margen de mi ubicación en los numerales anteriores, al margen de Paseyro, criticar la página literaria de *Marcha* y criticar a Emir. Pero a despecho de tanta crítica biliosa —no confundir crítica con malas tripas decía don Antonio Machado— pretendo hacer crítica simpática de “simpatía”, sufrir juntos el crítico criticado y el no crítico criticador.

1. Se publicó en la sección Cartas de los lectores de *Marcha*, el 22 de abril de 1949. *Marcha* Año 11, N.º 474, p. 2.

2. Poeta y ensayista de la generación del 45 que se radicó en Francia en 1953, donde murió en 2009. Fue diplomático en Francia, dedicó una biografía a Jules Supervielle de quien fue yerno, declarado enemigo de Pablo Neruda escribió dos publicaciones en su contra. Fló alude a él en el ensayo aquí publicado sobre la rivalidad entre Pablo de Rokha y Neruda, pero evita mencionarlo.

La página literaria de *Marcha* es interesante, útil, amena; también se podría decir –excesivamente– que es seria. Sin embargo prefiero definirla ambiguamente por ciertos caracteres que no pretenden ser juicios de valor sino mero intento de descripción ligeramente pintoresca.

La página literaria de *Marcha* es deportiva, tiene un sentido de la agilidad por la agilidad misma que se manifiesta como correlato objetivo, en las múltiples polémicas agudas y aligeras. Veamos una breve reseña de las que se han sucedido en poco más de un año ([Julio] Bayce, *Escritura* N.º 5, se refirió a esto): N.º 407 y 408, carta abierta de E[mir]. Rodríguez a Juan de Lara y respuesta de éste acerca de un artículo del segundo sobre Gide. N.º 421, 423, 426, 428, una ristra de artículos amodorradamente polémicos sobre la nueva y autóctona generación literaria. N.º 431 y 432 carta de un lector criticando la página literaria y respuesta de Carlos Ramela. N.º 435 y 436, [Carlos] Maggi y R[odríguez]. Monegal discrepan sobre la mejor forma de hacer crítica. N.º 448, 449, 450, 451, acerca de Rodó como crítico interviniendo Rodríguez, Paseyro y un lector. En fin, en los dos números últimos un flanco de la escaramuza entre Paseyro y Emir.

La página literaria de *Marcha* es tautológica. No es este el momento, ni mi ignorancia me lo permite, de discutir acerca de la verdadera significación de T. S. Eliot, verbigracia, en la poesía y la cultura occidental, sin embargo su eterno retorno es aburrido e inmunizante. El mismo Borges, habitante excesivo de esas páginas a través de transcripciones o meras citas, puede terminar abaratado por la devoción obsesiva y constante.

En fin, el tercer carácter es su reincidencia en satánicas contradicciones. En el N.º 415 se anunció que Emir Rodríguez renunciaba a su cargo de Jefe de esas páginas. Algunas semanas después se hizo cargo de las mismas Carlos Ramela, que fue, desde luego, el principal colaborador, no reapareciendo Emir hasta el número 435 a partir del cual bajo la doble invocación de ese su regreso circunstancial para contestar a Maggi y de una elogiosa crítica de la misma sección para con su conferencia sobre Borges, colaboró de nuevo y asiduamente.

Durante algún tiempo la página fue compartida por Ramela y Rodríguez, a veces ambos escribían sobre lo mismo –J. R. Jiménez, T. S. Eliot– hasta que en N.º 458 aparece la última colaboración de Ramela, no sabiéndose desde entonces quién es el jefe de esas páginas.

Pero hay más coincidencias demoníacas. En el N.º 449 Paseyro en una réplica a Emir termina su artículo, peyorativamente, con las siguientes palabras: "...observo, divertido, cómo decae R. Monegal de Borges en Rodó y de crítico en archivero y albacea de Roberto Ibáñez". En la misma página, J[osé]. E[nrique]. Etcheverry cita admirativa y encarnizadamente, a propósito de una mala edición de las Obras de Rodó, al mismo Roberto Ibáñez, que diez centímetros a la derecha es síntoma del decaimiento archivero de Emir.

Una travesura paralela encontramos en el último número en el cual un artículo de Paseyro se halla flanqueado por dos respuestas (propia y ajena, directa e indirecta) de Emir al ubicuo Paseyro.

Para terminar esto, ya demasiado largo, tocaré el tema origen, que es el propio Rodríguez Monegal. A mí me preocupan poco las formas verbales o adjetivales o subjuntivas, de modo que Emir puede seguir usándolas a su antojo sin que yo me moleste, pero hay defectos más remarcables e importantes. Emir sirve para labor de cronista literario, tiene un criterio firme y acertado las más de las veces, pero peca de lucidez. Más exacta que esta palabreja puesta de moda sería decir que peca de lúcida insolencia. En todo lo que escribe hay como un hálito de satisfacción, de suficiencia, que molesta grandemente, más aún cuando sabemos que Emir no es crítico infalible ni profundo. Que no es infalible, que es humano, se puede mostrar en pequeños errores de información, de esa información que tiene tan a gala, el rectificar a Guillermo de Torre en *Clinamen* N.º 5, afirmando que *Les Chemins de la Liberté* es una trilogía, o en *Marcha* N.º 412, al decir que las O[bras] completas de Nietzsche editadas por Aguilar en 1932 estaban integradas por diez volúmenes. Se puede mostrar en su falta de autocrítica al dar conferencias, cuando "su voz es opaca, sin matices, apagada, endeble", juicios que emitió acerca de una charla de [Enrique] Amorim, *Marcha* N.º 395 y una conferencia de Bergamín, N.º 401, pero que no le impidieron, teniendo también esas imposibilidades, gustar de los placeres de la disertación.

Que no es profundo en el sentido de adentrarse con la originalidad, definitivamente en un tema, lo muestran sus ensayos más extensos, más ambiciosos (De Racine a Jean-Louis Barrault, *Escritura* N.º 3; La literatura de Jean Paul Sartre, *Clinamen* N.º 5; Aspectos de la novela en el siglo XX, *Sur* N.º 166) que son útiles, que son más o menos finos pero que no certifican nada excepcional.

Emir Rodríguez cumple su función, es capaz, debe abandonar el virtuosismo de su lucidez en beneficio de su propia capacidad.

Puedo aplicarle unas palabras que él mismo escribió acerca de E[rnesto]. Sábato (*Marcha* N.º 335). He advertido, creo, que E. R. M. (pese a su acento de madurez) es joven. Muchas de sus frases pueden acogerse a esa benévola amnistía concedida por el mundo a la juventud.

Efeleo³



3. La firma, como es notorio, reproduce las iniciales de Fló. No fue la única carta enviada entonces por Efeleo a *Marcha*. El año anterior había participado en alguna forma de polémica en la sección “Cartas de los lectores” sobre un tema de artes plásticas (Ver: “De verde y amarillo”, Año X N.º 442 20.VIII. 1948, p. 2). Junto a la carta que publicamos salió una nota de redacción que anunciaba que se respondería en el próximo número. No respondió el responsable de literarias, pero en su defensa salió una carta firmada por un Profesor X, que aludió a otros ataques hechos a Rodríguez Monegal en otros medios, que atribuyó a un “Paseyro comunista”. Ver: “Dos palabras de defensa”, *Marcha*, Montevideo, Año XI N.º 475, p. 2. 29.IV.1949.

El Populista 18 octubre 1985

Suavano

30/CULTURALES

LA CONFUSION DERRIDEANA

EN esta semana dictó algunas conferencias en Montevideo Jacques Derrida, profesor de filosofía en la Escuela Normal Superior de París y autor de una obra extensa en la cual su libro *De la gramatología* es, quizá, el texto más representativo e influyente. Su presencia aquí fue saludada por muchos con admiración y hasta con pánico, y aunque sus trabajos no son aptos para entusiasmar a multitudes, no hay duda de que para un sector próximo a la crítica o a la creación literaria, esa presencia fue todo un acontecimiento. Se me disculpará que me sienta movido a interferir con algunas opiniones en esa pequeña fiesta de la novelaría.

No voy a intentar el absurdo de resumir y rebatir en pocas líneas escritos muchas veces enigmáticos y casi siempre ambiguos. Recuerdo que Foucault dijo —según cuenta indiscretamente un conocido filósofo norteamericano— que Derrida practica el "oscurantismo terrorista", es decir, una escritura muy poco inteligible, por una parte, y la posibilidad de responder a los críticos "usted es un idiota, malentendiendo lo que yo escribo", por otra. De todos modos es posible hacer algunas observaciones que, pienso, apuntan al centro de su propuesta, definida usualmente como "deconstrucción del discurso logocéntrico". El concepto de deconstrucción, sea cual fuere su sentido exacto si es que lo tiene, implica algo más que una crítica a ciertas doctrinas o hipótesis y su sustitución por otras. Supone otra

trismo" entonces, resulta ser no una actitud filosófica sino una enfermedad de toda la filosofía, originada en una cierta concepción del lenguaje (o de la que es síntoma esa concepción). Una concepción del lenguaje que privilegia el lenguaje oral y vuelve a la escritura una transcripción secundaria de éste. Una perversión previa, anterior a la filosofía, que condena a ésta, en razón de ese pecado original.

Me salteo lo que estos supuestos tienen de tributarios de ciertas corrientes de la época (el propio Derrida dedica varias páginas a mostrar sus diferencias con la moda del enfoque lingüístico de todos los temas) y me limitaré a sugerir el curioso mecanismo que ha producido esta tesis.

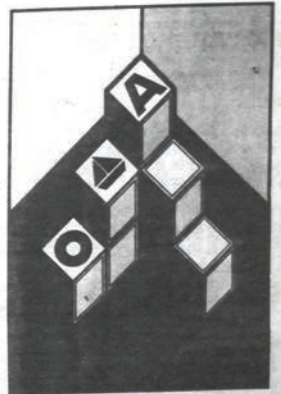
En primer lugar, parte de una observación válida: todo lenguaje, todo pensamiento, no es un hecho primero, inmaterial y traslúcido, sino que depende de procesos reales y en ese sentido solamente mediante la operación con "significantes" es posible que existan "significados". Todo lenguaje, en ese sentido y sólo en ese sentido, puede decirse que comporta una escritura: es decir, un repertorio físico —del tipo que sea— de significantes dotados de cierta estabilidad, y capaz de dotar de simultaneidad por subsistencia y preexistencia al discurso sucesivo del lenguaje oral. Que en el pensamiento tradicional estas hipótesis de una "escritura" neurológica (de la que por otra parte Derrida no habla claramente nunca) no fuesen posibles, y que la idea de un lenguaje con

que el fonetismo sea otro de los síntomas logocéntricos según Derrida.

Más fácil que formular en unas líneas algunas claves para sortear los laberintos de la confusión derrideana, es mostrar la irritante inexactitud con la que Derrida maneja el pensamiento de Rousseau de la que se refiere a su lectura de (*dérisoire* Derrida), transcribiendo las páginas en las que termina por descubrir una vinculación entre escritura y onanismo, sino a casos que no son de libre interpretación imaginativa sino de incompreensión de sus lectores no filósofos, me voy a limitar a un pasaje en que hace referencia no a Aristóteles o a Hegel, sino a Saussure. Se halla en la sección titulada *Lingüística y gramatología* en *De la gramatología*. Allí se acusa a Saussure de usar argumentos contradictorios para justificar que la escritura fonética es una imagen de la lengua hablada. No entiendo que el carácter no convencional o puramente representativo fonética escrita nada

mayo del 68, un año después de la publicación del libro mencionado.

De todos modos, desconfío de conjeturas hechas simplemente por método analógico, y prefiero no reiterarme por ese camino. Por otra parte su prestigio y su influencia han ocurrido en zonas periféricas de la filosofía, dentro de Francia, y exclusivamente —y tardíamente— sobre los críticos literarios en los otros centros de poder cultural, en particular, en los EE.UU., en cuyo frondoso mundo académico sólo han brotado algunos centros estructuralistas y postestructuralistas en los Departamentos de Literatura. Esto no es extraño ya que el desconstruccionismo permite un desplazamiento de la actitud crítica desde la actitud científica, hacia algo que funciona mucho más dentro de los criterios valorativos que empleamos para la creación, y que se disfruta y estima en términos de destreza retórica, fertilidad imaginativa, polisemia sugeridora y falta de construcción de normas estrictas. Es gracioso que los que sostienen el prin-



"La confusión derrideana" (1985). Especie de "Contra Derrida" que Fló publicó cuando el filósofo deconstruccionista visitó Montevideo. (Ejemplar de *El Populista*, Archivo personal de Fló).

Rescate

La confusión derridiana¹

Juan Fló

En esta semana dictó algunas conferencias en Montevideo Jacques Derrida, profesor de Filosofía en la Escuela Normal Superior de París y autor de una obra extensa en la cual su libro *De la gramatología* es, quizá, el texto más representativo e influyente. Su presencia aquí fue saludada por muchos con admiración y hasta con pasmo, y aunque sus trabajos no son aptos para entusiasmar a multitudes, no hay duda de que para un sector próximo a la crítica o a la creación literaria, esa presencia fue todo un acontecimiento. Se me disculpará que me sienta movido a interferir con algunas opiniones en esa pequeña fiesta de la novelería.

No voy a intentar el absurdo de resumir y rebatir en pocas líneas escritos muchas veces enigmáticos y casi siempre ambiguos. Recuerdo que Foucault dijo –según cuenta indiscretamente un conocido filósofo norteamericano– que Derrida practica el “oscurantismo terrorista”, es decir, una escritura muy poco inteligible, por una parte, y la posibilidad de responder a los críticos “usted es un idiota, malentendiendo lo que yo digo”, por otra. De todos modos, es posible hacer algunas observaciones que, pienso, apuntan al centro de su propuesta, definida usualmente como “destrucción del discurso logocéntrico”. El concepto de destrucción, sea cual sea su sentido exacto si es que lo tiene, implica algo más que una crítica a ciertas doctrinas o hipótesis y su sustitución por una diferente. Supone otra cosa en extensión, en profundidad y en método.

Se trata no de discutir algunas corrientes del pensamiento, sino todo el pensamiento, por lo menos todo el pensamiento occidental desde la antigüedad clásica. Se trata no de refaccionarlo sino de



1. Se publicó en *El Popular*, Montevideo, viernes 18 de octubre de 1985, p. 30.

demolerlo, de subvertirlo, de desestructurarlo. Y se trata de hacer esto mediante operaciones o maniobras que se realizan sobre ese discurso que se quiere demoler.

Los filósofos han sido muchas veces víctimas de la megalomanía y el delirio de la omnipotencia. Pero, por lo que sé, ninguno pretendió tamaña empresa, y mucho menos, con tan menguados instrumentos como los que Derrida se concede. Al fin de cuentas, la transmutación nietzscheana de todos los valores solo se emprendió contra cierta línea del pensamiento, y la ambición hegeliana del sistema final en el que se realiza el “saber absoluto” no pretendía subvertir la historia entera del pensamiento, sino por el contrario, incorporarla. Y en todos los casos los filósofos han respondido a dificultades o a perplejidades que les proporcionó el conocimiento de su época (muchas veces el conocimiento científico), pero nunca se les ocurrió que era posible erigirse en demolidores universales, y no como propuesta de resolución de problemas sino como ejercicio arbitrario, y mediante operaciones puramente verbales o retóricas.

Como es de prever, un programa tan efectista como vacío no podía proporcionar un contenido más sólido. El “logocentrismo” de Derrida es un animal mitológico fabricado con piezas que resultan de sus demoliciones. Aunque la sombra del idealismo y de la metafísica planean sobre el “logocentrismo”, es obvio que Derrida no puede identificarlo con estos, ya que entonces su tarea se confundiría con la de otros mortales menos intrépidos que simplemente los discutieron desde posiciones materialistas o positivistas. El “logocentrismo” entonces, resulta ser no una actitud filosófica sino una enfermedad de toda la filosofía, originada en una cierta concepción del lenguaje (o de la que es síntoma esa concepción). Una concepción del lenguaje que privilegia el lenguaje oral y vuelve a la escritura una transcripción secundaria de este. Una perversión previa, anterior a la filosofía, que condena a esta, en razón de ese pecado original.

Me salteo lo que estos supuestos tienen de tributarios de ciertas corrientes de la época (el propio Derrida dedica varias páginas a mostrar sus diferencias con la moda del enfoque lingüístico de todos los temas) y me limitaré a sugerir el curioso mecanismo que ha producido esta tesis.

En primer lugar, parte de una observación válida: todo lenguaje, todo pensamiento, no es un hecho primero, inmaterial y traslúcido, sino que depende de procesos reales y en ese sentido solamente mediante la operación con “significantes” es posible que existan

“significados”. Todo lenguaje en ese sentido y solo en ese sentido, puede decirse que comporta una escritura: es decir, un repertorio físico –del tipo que sea– de significantes dotados de cierta estabilidad y capaz de dotar de simultaneidad por subsistencia y preexistencia al discurso sucesivo del lenguaje oral. Que en el pensamiento tradicional estas hipótesis de una “escritura” neurológica (de la que, por otra parte, Derrida no habla claramente nunca) no fuesen posibles y que la idea de un lenguaje entendido como manifestación de un pensamiento inmaterial fuese dominante, son hechos indiscutibles. Pero en lugar de ser la sobrevaloración del lenguaje oral la razón de estas concepciones, lo que ocurre, obviamente, es que se concibe el lenguaje (oral y escrito) en relación a una concepción inmaterialista del pensamiento.

Para subvertir algo tan trivial, para “desconstruir” lo obvio, Derrida debe sistemáticamente confundir y barajar todos los datos. El método “deconstructivo” le propone invertir el privilegio del lenguaje oral sobre el escrito y pasa a darle prioridad al segundo. Pero la parte de razón que tiene esta inversión no proviene del procedimiento formal de invertir una jerarquía de conceptos, sino del conocimiento laboriosamente construido que nos permite hablar en términos neurológicos e informacionales del lenguaje. Y una vez privilegiada la “escritura”, en el sentido y solo en el sentido en el que hablamos antes de escritura neurológica, de aquí no sale que la relación entre el lenguaje oral y el escrito no sea de dependencia del segundo respecto al primero. Ni sale que los aspectos idealistas y metafísicos que encontramos en concepción del pensamiento y el lenguaje en muchos filósofos tenga nada que ver con esa prioridad obvia que subsiste a toda “desconstrucción”. Ni tiene nada que ver con otro aspecto importante de la escritura y por el cual, justamente, fue de hecho privilegiada por toda la historia del pensamiento occidental a la inversa de lo que afirma Derrida; a saber, que solamente en la escritura es posible la reelaboración objetiva y crítica del pensamiento, ya que solamente en ella tenemos simultáneamente la interconexión de todos los enunciados. Superioridad esta, que nada hace al carácter derivado de la escritura fonética respecto al lenguaje oral y que, por lo tanto, en nada es disminuida por este rasgo aunque el fonetismo sea otro de los síntomas logocéntricos según Derrida.

Más fácil que formular en unas líneas algunas claves para sortear los laberintos de la confusión derridiana, es mostrar la irritante inexactitud con la que Derrida maneja el pensamiento ajeno. No me

refiero a su lectura de Rousseau de la que se podría hacer irrisión (*dérisoire Derrida!*), transcribiendo las páginas en las que termina por descubrir una vinculación entre escritura y onanismo, sino a casos que no son de libre interpretación imaginativa sino de incompreensión lisa y llana. Para mayor comodidad de sus lectores no filósofos, me voy a limitar a un pasaje en que hace referencia no a Aristóteles o a Hegel, sino a Saussure. Se halla en la sección titulada “Lingüística y gramatología” en *De la gramatología*. Allí se acusa a Saussure de usar argumentos contradictorios para justificar que la escritura fonética es una imagen de la lengua hablada. No entiende que el carácter no convencional de la representación fonética escrita nada tiene que ver con la filiación ideográfica del alfabeto, sino con algo que ya el obispo Berkeley había establecido en el *Ensayo de una nueva teoría de la visión* (1709). A saber: que la estructura de diferencias entre los grafemas reproduce la estructura de diferencias de los fonemas, es decir, que es isomórfica respecto a esta.

Pero, a fin de cuentas, la cuestión más compleja no es denunciar la ideación antojadiza y fútil en la que Derrida ha derrochado tanto ingenio, sino comprender su prestigio y su influencia. Sé que el pensamiento no es inmune a las condiciones que le impone la vida social, y que es posible y necesaria una lectura ideológica del mismo. Y conjeturo que la “deconstrucción” derridiana, esa revolución que se realiza desde el más extremo voluntarismo y utopismo teórico, trabajando sobre el discurso, mediante inversiones y desplazamientos, algo tiene que ver con el espíritu que presidió el movimiento de mayo del 68, un año después de la publicación del libro mencionado.

De todos modos, desconfío de conjeturas hechas simplemente por método analógico, y prefiero no reiterarme por ese camino. Por otra parte, su prestigio y su influencia han ocurrido en zonas periféricas de la filosofía, dentro de Francia, y exclusivamente –y tardíamente– sobre los críticos literarios en los otros centros de poder cultural, en particular, en Estados Unidos, en cuyo frondoso mundo académico solo han brotado algunos centros estructuralistas y pos-estructuralistas en los departamentos de Literatura. Esto no es extraño ya que el desconstruccionismo permite un desplazamiento de la actitud crítica desde la actitud científica hacia algo que funciona mucho más dentro de los criterios valorativos que empleamos para la creación, y que se disfrutan y estiman en términos de destreza retórica, fertilidad imaginativa, polisemia sugeridora y falta de constricción de normas estrictas. Es gracioso que los que sostienen

el principio de la desconstrucción, es decir la primacía de la escritura contra el vocalismo logocéntrico, desdeñen lo que la escritura aporta de original e irremplazable: la congruencia, la precisión, la reconstrucción racional del pensamiento desordenado y lacunar que podemos expresar oralmente.

El discurso de Derrida no pierde sino que gana proferido oralmente. Así, sus efectos puramente hipnóticos, su capacidad de sugestión, su fluencia ideatoria, podrían ser gozados sin riesgo de descubrir fácilmente las incoherencias, los sinsentidos y las astucias. Sus admiradores montevideanos, que exaltaron su visita como un acontecimiento casi sobrecogedor, aparentemente esperaban del lenguaje oral más escalofríos que lo que sus libros pueden proporcionar. El logocentrismo siempre gana partida.